

La historia del nuevo continente: una visión alterna desde la obra narrativa de Abel Posse

THE HISTORY OF THE NEW CONTINENT: AN ALTERNATE VISION
FROM THE NARRATIVE WORK OF ABEL POSSE

Gustavo Ramón Carvajal*

Fecha de recepción: 30 de junio del 2011
Fecha de aprobación: 24 de agosto del 2011

RESUMEN

En el presente estudio se busca destacar el tratamiento no oficial que se hace de los hechos históricos en las obras propias de la nueva novela histórica. *Los perros del paraíso*, del escritor argentino Abel Posse, muestra un particular manejo del erotismo como eje narrativo fundamental de los eventos protagonizados por Cristóbal Colón, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. La novela presenta una forma de asumir el mundo mediada por el poder y el deseo carnal; este último, en especial, es el factor que determina los grandes cambios históricos —en cabeza de esos tres personajes— en España y América.

Palabras clave: erotismo, historia, ficción, perros, paraíso.

ABSTRACT

This research tries to emphasize the unofficial treatment of historical facts in the new historical novels. *Los perros del paraíso* (*Paradise Dogs*), by Argentinean writer Abel Posse, shows a particular management of eroticism as a fundamental narrative axis of the events starring Cristobal Colón, Isabel de Castilla and Fernando de Aragón. The novel presents a way to assume the world mediated by power and carnal desire, where the last one, in particular, is the factor that determines the big historical changes —under these three characters— in Spain and America.

Keywords: Eroticism, history, fiction, dogs, paradise.

* Licenciado en Lingüística y Literatura, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. Magíster en Literatura Hispanoamericana, Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Profesor de tiempo completo, Facultad de Ciencias Administrativas y Contables, Universidad de La Salle, Colombia. Profesor, Facultad de Artes-Asab, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia. Correo electrónico: montavo@hotmail.com.

*El mundo en que creemos vivir es una escritura
que hay que leer de revés, frente a un espejo.*

Abel Posse

CAMINOS DE LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA

En el 2010 asistimos en América Latina a los festejos del bicentenario de las luchas por la independencia que tuvieron lugar en diferentes países. Más allá del debate entre la academia y las instituciones gubernamentales acerca del valor real de estas fechas, las celebraciones fueron un motivo para revisar el entramado de relaciones que se han establecido entre el discurso histórico y el literario sobre el devenir histórico del continente.

Varias obras surgidas a partir de los años sesenta manifiestan la intención implícita de volver a textualizar la historia por medio de un discurso amplio y flexible que mezcla diferentes épocas y espacios, dando luces para entender nuestro presente histórico. Así tenemos el caso de *Yo el supremo* (1974), de Augusto Roa Bastos, que a partir de un nutrido referente histórico ficcionalizado rechaza abiertamente el realismo, se aparta de la fidelidad estricta a los datos documentales y aporta un nuevo sentido para la verosimilitud novelesca. Con este tratamiento se busca transgredir el discurso histórico por medio de la escritura, propósito que también alcanzarán obras como *Los ríos profundos* (1958) de José María Arguedas, *La tejedora de coronas* (1982) de Germán Espinosa y *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez, entre otras.

Por su parte, el escritor argentino Abel Posse también acudirá a estas consideraciones desmitificadoras en sus novelas *Los perros del paraíso* (1983), centrada en el descubrimiento de América y *Daimón* (1978), sobre el conquistador desquiciado Lope de Aguirre.

El auge que han tenido las obras enmarcadas en la nueva novela histórica, fundamentalmente después del *boom*, se da como la necesidad que tienen los escritores de hacer una revisión a fondo de nuestra historia, o de lo que los discursos oficiales han querido mostrar. Volver la mirada siglos atrás, analizar los procesos de mestizaje y dar a cada cultura su justa apreciación son algunos de los motivos que han permitido, a través de las letras, mirarnos en el espejo de la historia e inquirir por la conformación de nuestra identidad. Los documentos históricos dan parte de la respuesta a este gran interrogante, pero con su pretendida veracidad no llegan a la totalidad; aquí es necesaria la intervención de la contraparte o complemento de la historia: la literatura. De esta manera se llega al cuestionamiento acerca del valor verídico de esos documentos frente al valor

verosímil de la creación literaria; las posibilidades que ofrece cada campo permiten acercarse a esta problemática con elementos más significativos.

La literatura y la historia han mantenido serias diferencias en cuanto al manejo de la narración de los hechos históricos, su posible carácter ficticio y la veracidad que ofrece la literatura; queda el relato de los eventos, grandes o pequeños, llenando buena parte de los interrogantes y también el relato apoyado en la imaginación literaria que suple los vacíos dejados por los primeros. Cuando leemos los documentos históricos no podemos olvidar que han sido escritos por hombres con intereses propios, lo cual les quita buena parte de su objetividad, y también, como lectores, hacemos nuestras propias conexiones imaginarias. De ahí la apreciación de Hayden White (1992) acerca de la historia como una forma de ficción, donde todos vemos lo mismo pero la contamos de una manera diferente.

El historiador representa los hechos, en la narración, por medio del lenguaje y su discurso se carga de contenidos ideológicos —casi siempre de corte oficial— que le restan la objetividad buscada por la ciencia. Los documentos aportan información relevante sobre temas, personajes y momentos particulares de la historia, pero no están hablando de toda la sociedad ni de los eventos que, en apariencia, no determinaron grandes cambios. En la conformación de las identidades de las sociedades cada aspecto, sea económico, social o cultural, tiene una importancia fundamental y esto se refleja también en las obras literarias. Si el historiador hace su relato, el escritor también hace su historia, su válida y particular forma de ver la historia. De esta manera, las relaciones entre historia y literatura son necesarias, casi inevitables aunque, con toda seguridad, seguirán las discusiones sobre la veracidad y la credibilidad de cada una.

La historia y la nueva novela histórica establecen un puente de comunicación entre eventos de un pasado más o menos lejano y unos lectores del presente; así, el valor de verdad pretendido por las dos se determina en función de la comunicación. El proceso comunicativo no es una simple transferencia de saber; es también una propuesta de persuasión e interpretación basada en la confianza que se tienen los interlocutores sobre sus actos y palabras. En este sentido se puede admitir que la verdad no viene determinada por un referente externo y que, al considerarla como lo creíble, deja de constituirse en la diferencia entre la literatura y la historia.

La figura del argentino Abel Posse ocupa un importante lugar en la nueva novela histórica de Hispanoamérica, aun cuando algunos sectores de la crítica no lo hayan tenido tan en cuenta. En su novela *Los perros del paraíso*, escrita en 1983 y galardonada con el premio Rómulo Gallegos en 1987, se encuentran personajes, eventos históricos, ideologías y relaciones que se tornan reales en

el interior de la estructura ficcional. La continua referencia que el autor hace a personajes históricos, crónicas, diarios de navegantes, culturas, historiadores y críticos de diferentes épocas da al texto una dinámica intertextual muy particular. El uso de todos estos elementos busca dar una mayor credibilidad a la ficción novelesca, su reafirmación y la colaboración del lector a través de su imaginación y conocimiento.

El texto de *Los perros del paraíso* tiene referencias documentales legitimadas por historiadores, cronistas y personajes reales, del pasado y del presente, cuya función inicial es la de hacer parecer como verdadero el discurso ficcional. Para acercarse a los hechos, desde los grandes acontecimientos sociales hasta los más personales e íntimos, el autor se apoya en epígrafes y citas de pretendido tono erudito para hacerle creer al lector que está tocando un terreno plenamente verificable. El mismo Posse ha reconocido que le tomó varios años de ardua investigación el trabajo de recopilación de documentos para escribir buena parte de sus obras. El arribo al paraíso, las revueltas en la nueva tierra y las ardientes relaciones entre los personajes se tornan verídicas en el planteamiento de la novela. Al respecto, Menton apunta:

Además de la creación de personajes ambivalentes, el carácter dialógico de *Los perros del paraíso* también se revela en la afirmación y a la vez la subversión de la historicidad. Dentro de la misma tradición de Borges, García Márquez, Vargas Llosa, Fernando del Paso y Hayden White, Posse desconfiaba de los historiadores. El narrador hasta los acusa explícitamente de suprimir la verdad [...] Sin embargo, la historicidad de la novela parece afirmarse con los bosquejos cronológicos que preceden a cada una de las cuatro partes (1993, p. 118).

EL DESCUBRIMIENTO: LOS CUATRO ELEMENTOS

El escritor argentino propone una división de su novela en cuatro partes que dan sentido de totalidad: aire, fuego, agua y tierra. Este sentido de la historia está directamente relacionado con la idea de plenitud y fuerza en el acto sexual, presente a lo largo del relato. En el universo histórico y literario planteado por Posse, el erotismo es motor poderoso y determinante de los eventos que marcaron el curso del continente recién “descubierto” por Cristóbal Colón.

El navegante italiano maneja una carga erótica profunda y permanente: así como se relaciona con algunas damas bellas y provocadoras, también lo hace con los elementos naturales, buscando la plena satisfacción de sus deseos. Este es el caso del encuentro que tiene el Almirante con una tormenta marina, donde con claros rasgos eróticos se funden hombre y naturaleza:

Sale el Almirante de la camareta y el viento insolente le sacude los cabellos a voluntad. [...] Gemidos hondos en las fognaduras del trinquete, mayor y mesana, exigidos al máximo. Vuelven a ser tallos gráciles en la dura fiesta del temporal. Golpes de tambor ronco que embiste la mar. [...] Vibra la nao. Potra en celo. Es un instrumento de cuerdas en su máximo alegre. [...] Gime, gime el viento. [...] El Almirante, grita, exige. Grita: —¡Evohé! ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Aleluya! ¡Cazar! ¡Aún más! [...] Galope loco por los campos de la mar. Entrega. Fiesta. Éxtasis. Abandono al espacio (Posse, 1983, p. 164).

Cada elemento de la naturaleza en los que está dividido el texto lleva la marca de la carne, la referencia al deseo erótico en distintas manifestaciones y este impulso básico determina importantes eventos; es como partir de un mundo cerrado por la historia, habitando la muerte para alzarse a la vida:

Entonces jadeaba el mundo, sin aire de vida. [...] El valle de Lágrimas en su apogeo. [...] Y sin embargo un aire de nostalgia de vida recorría la fila danzante. Un asomo de deseo. Sonrisas bajo los tules negros, guiños. Un meneo pélvico desnaturalizaba el ritmo de los tambores enlutados de la *Danse Macabre*. Como un aire, un aura, un eros. Como una brisa tibia que ya pudiese haber llegado desde el Caribe (Posse, 1983, p. 11).

El contraste entre la Europa oscura y moribunda y la promesa vivificante del Caribe propicia el nacimiento de la secta de los buscadores del paraíso. Otros ardores se van consolidando: la niña Isabel, futura reina de España, ya tiene en su pequeño cuerpo delicias cantadas por el libertino poeta Álvarez Gato: “Tiene un culito que es un quesito. Dos tetitas como naranjitas” (Posse, 1983, p. 14). La niña-princesa siente una tremenda atracción hacia su primo, el mocetón Fernando, pasión que va a determinar su futuro de poderosos marido y mujer; esta pasión le hace rechazar con furia a otros pretendientes que le busca su medio hermano. Su deseo crece cada día, haciéndose casi incontrolable: “Buscaba serenarse echándose a galopar salvajemente por los peñascales. Reventó tres caballos en días. Dice la crónica que empezó a emitir un olor potente —pero no repulsivo, por cierto— de felina en celo” (1983, p. 45).

Isabel no tendrá descanso a lo largo de su vida y toda la fuerza sexual que la anima en la contienda carnal también la acompañará en sus empresas políticas y comerciales. A los diecinueve años y después de que su madre le advierta que “el deseo es la esencia del Mal” (Posse, 1983, p. 46), la voluptuosa Isabel vislumbra su gran misión: “Comprendió que podría transformar aquella compulsión sexual en una cruzada nacional y popular. Freudianamente buscó una ideología

para encauzar tanto deseo, una superestructura adecuada. [...] Habló de pan, de trabajo, de grandeza” (1983, p. 47). Este tremendo poder que habita en Isabel está muy relacionado con la fuerza de los vientos que, manejada bien por los hombres de mar, acompañará también a Colón y allanará los caminos de la expansión del imperio español; es “el poder femenino, *ying*, de la náutica” que hincha las velas, “esas enormes ubres bienhechoras” (1983, p. 49).

Posse resalta en varios momentos la caracterización casi sobrehumana de Fernando e Isabel, destacando la suprema importancia del erotismo en la relación de los personajes y en los eventos que va a determinar:

Para los poderes establecidos resultaba bien claro que la unión de aquellas fuerzas, compelidas por una cósmica eroticidad, tendría por resultante una mutación política, económica y social sin precedentes. [...] Era conciencia clara de la sinarquía que aquellos príncipes adolescentes, al parecer solo dispuestos —modestamente— a “prorrogar la muerte a besos”, en realidad concentraban un poderío trascendente de incalculable fuerza (1983, p. 51).

La potencia de los dos príncipes queda instaurada con su primer encuentro carnal: “En suma: en algún momento de aquella laborada noche del 15 al 16 de octubre, el turgente glante del príncipe aragonés enfrentose de ‘poder a poder’ con el agresivo himen isabelino” (Posse, 1983, p. 54); de ahí en adelante, en medio de tremendas descargas de deseo, organizan el cambio de la historia. Hablan de establecer el Imperio, echar a los moros, quitarles el dinero a los judíos y echarse a conquistar los mares, propósito en el cual los ayudará, por supuesto, Colón, otro ser dotado de grandes visiones e impulsos eróticos.

En el corazón del elemento fuego se conforma el nuevo territorio español: “Se forjaba la España grande, una, fuerte, y tanto Isabel como Fernando sabían que nada podría hacerse sin las violencias de todo nacimiento” (Posse, 1983, p. 65); los nuevos monarcas representan las tendencias políticas en confrontación, a manera de combates entre cuerpos y sexos que marcarán los venideros horrores causados por Occidente. La simbología del fuego, tan cercana a la vida y a los placeres, también muestra la otra cara de la moneda: su poder destructor que arrasa con civilizaciones enteras y da paso al olvido.

Fernando e Isabel viven y mueren en sus batallas amatorias, alcanzando a mostrar una luz diferente para su mundo: “En el atolondrado fornicio de aquellos adolescentes sublimes fenece definitivamente la Edad Media” (Posse, 1983, p. 70). En este punto, el autor les asigna una categoría angélica, propia de seres superiores que vienen a cumplir su misión demoledora sin atisbos de compasión o misericordia. A su lado, Colón es presentado en una escala menor, como un

superhombre comparable a Botticelli o Miguel Ángel, apasionado creador de hechos nuevos.

El aire —con su carga de Eros que ha empujado a Colón a viajar— se junta con el fuego del deseo carnal. El Almirante conoce a Felipa Moñiz Perestrello bajo la luz resplandeciente de Lisboa y queda trastornado, de manera casi fetichista, con su hoyuelo en la mejilla y el vello de cervatillo que la hacía lucir como durazno maduro. Sus apasionados encuentros le dan a Cristóbal la certeza de la naturaleza anfibia del ser humano y la obtención de un posible mapa del paraíso terrenal; en su excitación ve de igual manera la deliciosa geografía del cuerpo femenino y los eróticos contornos de las Antillas y el Cipango. La destrucción que genera el fuego, antes mencionada, toma cuerpo en las ordenanzas de Isabel:

¡Ya que hay que morir, mejor morir a puñaladas! ¡Y fuego, mucho fuego, hasta que la unidad se imponga y la tolerancia impere! ¡Muerte a los intolerantes! [...] ¡Arrasar Madrigalejo! Se partía a la fiesta de la guerra. Días febriles. La furia y la alegría de la batalla (Posse, 1983, p. 84).

En este afán de expandir el fuego arrasador incluso cabe una extraña figura atemporal, como es la de los temibles *gurkhas* nepaleses, feroces guerreros al servicio del ejército británico durante la guerra de Las Malvinas en el siglo pasado. Las vidas de soldados argentinos segadas por estos “perros” muestran un paralelo con las de los indígenas del paraíso terrenal que creyó descubrir Colón. Los mandatos de los reyes católicos también se vieron afianzados por el dedicado trabajo de los inquisidores, quienes aperados con toda la parafernalia de la tortura ayudaron a consolidar el “Orden Nuevo”.

Otro momento fundamental en la novela es el encuentro de Fernando e Isabel con Rodrigo Borja, el futuro papa Alejandro VI, adecuado a los intereses de los reyes católicos. La comunión históricamente decisiva entre los tres sucedió en un ambiente ritual, pleno de hondo simbolismo:

Fernando estaba tras ella, contra ella, y la poseía con serena continuidad. La capa se transformaba en morada, en apartamento de los tensos cuerpos enlazados. [...] La escena tenía una inefable potencia ritual. Alcanzaron el orgasmo —apenas un temblor de delicia— cuando el prelado estaba a pocos pasos de aquel *mandala* erótico. Era la suprema consagración, la santa nupcia, el engendramiento de la nueva sinarquía. Nacía el Imperio y una Iglesia católica-imperial que arrojaba el lastre del torvo y beato cristianismo. [...] Luego deslizó su mano derecha, con el gran anillo nobiliario, en el interior del cono de fieltro y alcanzó en el muslo tibio de la princesa una

gota de aquel precioso esperma, surgido del más puro y potente amor, y con él untose la frente (Posse, 1983, p. 88).

Aspectos corporales, tales como la anatomía de los deseables pies de Isabel en contraste con los burdos de Fernando, cobran importancia en la visión del narrador. Las diferencias de forma y actuación de los cuerpos se realzan y a veces se complementan en sus ardorosos combates; el zumbido grave y seguro del pene (*lingam*) del rey se acopla al suave silbido floral del *yoní* isabelino.

De nuevo, Cristóbal Colón es marcado por el deseo. Beatriz Enríquez Arana con su belleza y sumisión marcaría la vida del genovés hasta su muerte. En el marco de esa relación, Colón ve la necesidad de eliminar a los judíos, de sostener una relación profunda con la tierra y de centrar todo en la existencia de “Un Reyno, Un Pueblo, Una Fe” (Posse, 1983, p. 108), haciendo eco de los planes de los reyes católicos. Las ambiciones de unos y otros en ese momento de la historia se ven interrumpidas por el novelista cuando apunta, en un doble juego de ficción-verdad, la falsedad esencial de los historiadores al no contar con el testimonio escrito de los más importantes hechos.

En la seguidilla de marcas eróticas —y por ende, fundamentales— que le proporcionan las mujeres a Cristóbal, se da el encuentro con la magnífica presencia de Isabel. Ella, con sus pies desnudos y su poder de ángel lujurioso le produce un extraño fenómeno: la polución extragenital o intraorgasmo. Este glorioso espasmo que recorre todo su cuerpo le hace tocar el cielo: “Fue solo un instante, pero de larga delicia. Un instante, pero más intenso que toda una vida de asceta o de profesor de latín” (Posse, 1983, p. 119). Con un saludable humor, presente en toda la novela, Posse deja que el psicoanálisis explique el incidente, como el bloqueo genital del plebeyo ante la imponente presencia de la realeza, en un claro sometimiento de clase. El Almirante comprendió así que este rito sellaba un gran acuerdo: la reina sería su cómplice en la secreta aventura del paraíso.

La parte de la novela simbolizada con el fuego termina con las visiones proféticas de los indígenas; en ellas hablan de los futuros visitantes barbados y de todas sus bondades. En la tercera parte, agua, Colón se lanza a su búsqueda del paraíso, azuzado por un viento con repercusiones divinas. Las islas Canarias le servirán de marco para otro encuentro erótico de profundas repercusiones. Colón, afortunado en estas lides, conoce a Beatriz Peraza Bobadilla, más conocida como la “Dama Sangrienta”, famosísima por su demonismo erótico y la facilidad con que engullía amantes: “Grandes caderas. Cintura estrechísima. Muslos planetarios, picassianos, pero tobillos finos, delicados como muñecas de organista vienés. [...] Su pelo negro y fuerte, sobre los hombros. Ojos verdes, grandes, que

recordaban más la pantera en acecho que la gacela huida” (Posse, 1983, p. 149). El Almirante logra romper el hechizo, como apunta García Ramos:

En ese territorio exótico, Posse dispone los amores más disparatados de los que tenemos noticia en la literatura hispanoamericana. Durante tres días, los amantes practican el erotismo más desaforado, mientras las carabelas del Nuevo Mundo permanecen amarradas con su marinería enfurecida. El sadismo de Beatriz, la Dama Sangrienta, que daba muerte a sus enamorados una vez satisfecha, cede ante el ardor y el poderío sexual de un Colón transfigurado en sátiro de los océanos (1996, p. 130).

Tal desmesura en el encuentro de Cristóbal y Beatriz revierte en la configuración del pene como el epicentro, el *omphalos* de esta unión sin parangón en la vida de los dos. El supremo placer sexual de la pareja, su fusión cósmica, también se verá simbolizada en la llegada de los españoles al paraíso; ahí ellos sienten que han llegado al epicentro de la creación.

CULMINACIÓN DEL CICLO FICCIONAL: ANUNCIO DEL PRESENTE

En la novela el paraíso terrenal está marcado con el elemento tierra; es el lugar de residencia de los pueblos indígenas americanos, de vidas sobrias y llenas de placeres. Contra esta atmósfera relajada han de chocar los “perros” que, desbocados por el deseo carnal en todas sus variantes, no pueden soportar la vida tranquila y la belleza de los aborígenes. Se dedican entonces a violar, maltratar y destruir todo lo que encuentran a su paso; es la forma en que están acostumbrados a darle cauce a sus apetitos, propia de una religiosidad judeocristiana, estigmatizada por la sombra de la culpa y el pecado. La figura de los perros aparece repetidamente en la novela. Símbolos de ferocidad y de lujuria, contenida o desbordada, los caninos visten muchos ropajes: rabiosos, jadeantes, insaciables, ya sea en jauría o uno que otro solitario. Solo contrastan con unos extraños pernillos silenciosos del Nuevo Mundo que parecen querer hacerles callada oposición, casi como los taciturnos indígenas en su condición de oprimidos y, tal vez, de potencialmente revolucionarios.

Las culturas indígenas tienen una sexualidad abierta, intensa y fluida, y en el choque con la lujuria contenida de los europeos se determina otro gran cambio en el curso de la historia. Así lo plantea Herren a partir de investigaciones sobre las crónicas:

Sin embargo, en la larga sucesión de encuentros sexuales entre europeos y americanas no están ausentes las pasiones desbordadas que, por ejemplo, llevan a varios ibéricos a abandonar a los suyos y a huir a tierra de indios por el amor hacia una mujer de piel morena o la devoción fiel y lealtad incondicional que prodigaron las americanas a sus amos de piel pálida (1991, p. 14).

Refiriéndose a los indios taínos, Herren agrega que abundaba la poliginia: un cacique podía llegar a tener hasta treinta mujeres. Las hembras hacían gala de gran libertad sexual, al punto que el cronista oficial de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, con su obsesiva moralina dirá de ellas que “son las mayores bellacas y más deshonestas y libidinosas mujeres que se han visto en estas Indias o partes” (1991, p. 122). Agrega Herren que los españoles ven en la nueva tierra un verdadero paraíso terrenal salido de una ensoñación erótica, tanto así que Vespucio, hablando de los nativos de la península de Pana, confirma que “. . . son poco celosos pero lujuriosos en extremo, en especial las mujeres, cuyos artificios para satisfacer su insaciable liviandad no refiero por no ofender el pudor” (1991, p. 122).

En el paraíso se desata la voracidad de los canes españoles (Posse, 1983, p. 221): “Aquello era un torrente de perros del deseo liberados todos en un mismo lugar y en el mismo momento”; esta violencia determinará la degradación del Nuevo Mundo y su pérdida definitiva. Así, el sueño de Colón, según lo propone Posse, llega a su fin, y comienza el terrible despertar que sufrirá calladamente el continente, como lo muestran las manadas de perrillos desde México hasta la Patagonia. Queda cerrado el círculo ficcional, la otra historia, enmarcado por el totalizador número cuatro, como sucede en el acto amoroso: las polaridades sexuales se atraen y repelen, con intensidad telúrica, nacen con el deseo presente en el aire, se realizan en el fuego y el agua para luego morir en la tierra.

La novela de Posse, de manera creativa, llena los posibles vacíos que ha dejado la historia, desmitificando el discurso oficial y convirtiéndose en una nueva versión de los hechos que, a su vez, crea nuevos mitos como es la representación de Colón, y este análisis podría hacerse con los demás personajes. Puede considerarse válida la intención, ya que al darles una dimensión más mundana a esos personajes es posible entender de manera amplia su lugar en el curso de la historia.

De esta manera el autor ha propuesto una versión distinta del descubrimiento y la conquista de América, más carnal y *desacralizadora*, con una necesaria carga de buen humor y elaborada ficción. Más adelante el ciclo comenzará de nuevo y se repetirá una y otra vez, con otros actores, tiempos y lugares; cambiarán los cronistas, los historiadores y los novelistas. Se intentará una vez más dar

la definitiva y verídica versión de los hechos, en donde seguirá haciendo falta la imaginación crítica para completar la visión, aportada por la historia, de nuestra compleja realidad.

REFERENCIAS

- Fajardo, D. (1999). *Allí, donde el aire cambia el color de las cosas. Ensayos sobre narrativa latinoamericana del siglo XX*. Bogotá: Escala.
- García, J. M. (1996). *Por un imaginario Atlántico: las otras crónicas*. Madrid: Montesinos.
- Herren, R. (1991). *Las conquistas eróticas de las Indias*. Bogotá: Planeta.
- Kohut, K. (1977). *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Fráncfort: Universidad Católica de Eichstätt.
- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de América Latina 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pons, M. C. (1996). *Memorias del olvido: la novela histórica a finales del siglo XX*. Madrid: Siglo XXI.
- Posse, A. (1983). *Los perros del paraíso*. Buenos Aires: Emecé.
- White, H. (1992). *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós.

